



ESPIRITUALIDAD EXPERIMENTAL

LA astrónoma británica S. Jocelyn Bell Burnell sostiene que hay una sintonía natural entre su espiritualidad cristiana cuáquera y el método que guía su investigación académica: «El científico trabaja experimentando, anotando el resultado del experimento, reformulando su comprensión a la luz de ese resultado, diseñando experimentos adicionales y repitiendo el ciclo. De un modo análogo, los cuáqueros tienen experiencia de la acción de Dios en el mundo, revisan su comprensión a la luz de esa experiencia y ponderan qué es lo próximo que se requiere de ellos».

Al leer esta frase en un libro que recomiendo a todos aquellos interesados en el diálogo ciencia-religión (*Evolución espiritual*, Sal Terrae 2019), pensé que en la tradición espiritual cristiana que más ha influido en mi vida, la ignaciana, hay también una importante dimensión «experimental», aunque nunca la hubiese adjetivado antes de ese modo.

En aquel momento me vino también a la cabeza el comentario que el jesuita irlandés Brian O’Leary, experto en historia de la espiritualidad cristiana, hizo de pasada en un retiro sin darle demasiada importancia: «la espiritualidad ignaciana es una espiritualidad del *ensayo-error*».

A continuación –así parece que funciona la asociación libre de ideas de la que hablan los psicólogos– me acordé de otra expresión de uso corriente en la jerga interna jesuita. Se trata de la expresión latina *ad experimentum*, que hace referencia a la importancia de probar y evaluar antes de asignar una misión particular. Para Ignacio, enviar de modo experimental –*ad experimentum*– a un jesuita (o a un grupo) era uno de los mejores métodos para recabar información y comprobar si aquel ministerio o tarea era viable y podría dar fruto a largo plazo. La toma de decisiones ante posibles nuevas misiones se basaba, en gran medida, en esta metodología experimental, del *ensayo-error*.

No es casual que el término *experiencia* sea fundamental en el proceso de admisión de los nuevos candidatos. Ignacio insistía en la importancia de que solo hiciesen los votos quienes, «después de sus experiencias y probaciones», fuesen idóneos. De nuevo, *experimentar* –en este caso con la vocación– resulta fundamental para poder alcanzar un conocimiento suficiente de la autenticidad y la motivación del candidato.

En tercer lugar, la importancia de la dimensión experiencial está también muy presente en los Ejercicios Espirituales. Para Ignacio, todo proceso de dis-

cernimiento consiste, precisamente, en «tomar claridad y conocimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones». Alcanzar claridad en el conocimiento –cuestión fundamental para Descartes y para toda metodología científica– requiere experimentar, anotar y seguir la pista a esos movimientos interiores (o mociones) del Espíritu que Ignacio llamaba *consolaciones* y *desolaciones*.

«Efectivamente», me dije confirmando la primera intuición, «la espiritualidad ignaciana tiene una fuerte componente experimental». Al fin y al cabo, Ignacio fue un hombre que vivió culturalmente en el tránsito de la Edad Media y el Renacimiento, justo cuando emerge con fuerza el moderno método científico que nos ha conducido al sorprendente desarrollo tecnológico contemporáneo.

No es casual tampoco que el santo vasco, cuando se enfrentó con la Inquisición al ser acusado de alumbrado, tuviese que demostrar que su experiencia espiritual estaba en sintonía con la fe cristiana. Es decir, que no era un «iluminado», sino alguien que se había comunicado con Dios y podía hablar con ciertas garantías (objetivas) de esas experiencias (subjetivas).

Las *Reglas de discernimiento de espíritus* que desarrolla en sus *Ejercicios* pueden entenderse, desde este punto de vista, como un intento de objetivar la experiencia, como una metodología para comprobar –mediante el uso de unas detalladas claves de interpretación probadas a lo largo de la propia vida de Ignacio– que las *mociones*, movimientos o experiencias espirituales son ciertas o falsas.

Parafraseando a Jocelyn Bell Bruner, podríamos afirmar que, en su proceso espiritual, «el ejercitante trabaja experimentando interiormente, anotando el resultado de sus *mociones*, reformulando su comprensión a la luz de ese resultado, diseñando experimentos adicionales y repitiendo –de manera nueva– el ciclo».

Esta reflexión nos lleva, por último, al *examen*, otra pieza clave de los *Ejercicios* y una de las contribuciones más importantes de la espiritualidad ignaciana. La práctica frecuente del *examen* nos recuerda la importancia de la observación, la evaluación y la repetición –rasgos, de nuevo, propios de la metodología científica– para permanecer atentos a la acción de Dios en nuestras vidas.

Para Ignacio, todo proceso de discernimiento consiste, precisamente, en «tomar claridad y conocimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones».



Dejar registro de aquello que experimentamos, habitualmente en forma de *diario espiritual*, es una práctica recomendada en numerosas tradiciones religiosas. El hábito de reflexionar pausadamente y anotar los principales movimientos interiores guarda también, de nuevo, similitud con la disciplina y la meticulosidad que caracteriza a la ciencia experimental.

Ahora bien, llegados a este punto, cabría preguntarse no solo si hay paralelismos entre el método científico experimental y la tradición espiritual cristiana, sino –lo que es quizá más atrevido sugerir– si esta última ha podido influir de algún modo en el surgimiento de la ciencia moderna.

Así lo han afirmado quienes argumentan que no es anecdótico que esta metodología surgiese en un contexto cultural cristiano, marcado por el hábito contemplativo, la visión positiva del mundo, la concepción del ser humano como imagen de Dios, la confianza en la inteligibilidad del mundo creado y el convencimiento de la importancia de compartir el conocimiento recibido gratuitamente.

En cualquier caso, lo que resulta evidente a la luz de esta breve reflexión es que la vida espiritual requiere no sólo de apertura y espontaneidad, sino también de una atención cuidadosa y metódica para descubrir los muchos modos como podemos experimentar, conocer y comunicarnos con Dios para responderle acertadamente.

Experimentamos a Dios, sí, pero Él también «nos experimenta» y nos visita cuando quiere. Por eso conviene estar preparados, atentos, esperándolo. Para que no nos pille desprevenidos. Y para darle la bienvenida que se merece.